

ENUNCIACION, GLOSA Y ELOGIO DEL SCOUTISMO

A Raúl Ferrero.

Hace veinticinco años surgió entre nosotros el scoutismo. En un desaparecido colegio de Barranco lo fundó el señor Juan Luis Rospigliosi. Era el señor Rospigliosi, fallecido en julio de 1935, uno de esos hombres imantados por una idea a la que se entregan en carne y hueso sin omitirle los mayores desvelos y sin hurtarle los menores minutos. El alumbramiento, la consolidación y el progreso del scoutismo peruano se deben a él. Era enamorado y fanático, director y súbdito de aquella institución. El excesivo trajín que desplegó organizando la concurrencia de delegados peruanos a un congreso de scouts celebrado en los Estados Unidos ocasionó su muerte repentina. Hasta cierto punto fué pues un mártir de su vocación, porque para ser mártir no es necesario marcharse de la vida aparatosamente. Lamentando su extinción Raúl Ferrero escribió, entre otras, estas consagradoras palabras: "Educador por temperamento y por cristiana convicción, forjó treinta generaciones. Aspiraba a formar hombres de recio temple patriótico, luchadores gallardos que supieran devolverle a la vida su sentido heroico y ascético. El nuevo Perú que ya surge habrá de recordar con veneración al maestro".

Aquella remota fundación no tuvo sino los caracteres de un hecho local de menor grado que la inauguración de un monumento o el estreno de un teatro y sin embargo, es posible que en el futuro se diga que el 25 de mayo de 1911 fué una fecha eminente y fertilísima de la historia peruana. Quizá si allí se plantó una semilla de la gran revolución invisible, la revolución del carácter, que tan urgentemente necesitamos para silenciar el tono femenino del alma criolla.

Hubo un tiempo descartado en que el scoutismo compartió el desdén legal que recae, por ejemplo, sobre la masonería. Con evidente capricho se acusó a las dos agrupaciones de ser vanas,

pintorescas y remisas a la elegancia sin la cual todo muere avergonzado. Solamente los superficiales y los injustos profesan ya tan frívolo juicio. Nada hay de común entre los masones, que necesitan para funcionar la piedad de las paredes y el horario de las hienas y lechuzas y cuya palabra mental y escrita es una clave risible y estas brigadas, hermanas de la intemperie, transparentes en su misión, ingenuas como el agua y francas como el sol. Sin espíritu de burla algunos melindrosos creyeron ver un nexo posible en la igualdad de insignias. Ignoraban que la flor de lis era el signo que en las ancianas cartas geográficas marcaba el norte. Sigue aún marcando esa dirección para los scouts y ellos no son por cierto los responsables de que las logias también la usen para marcar el sur.

¿Qué es el scoutismo? Muchos de buena fé, pero mal informados, reúnen bajo esa palabra a los grupos de muchachos vistosamente vestidos que organizan expediciones y campamentos. Dentro de este concepto los scouts vendrían a ser meros turistas del campo. Nada más incompleto, sin embargo, que considerarlos como militares juveniles o como exploradores animosos, previsores y bien equipados. Esto significaría que las obligaciones del scout disminuyen o duermen cuando reside en la ciudad y ostenta traje común, siendo lo contrario, precisamente, la verdad, pues en esta última situación los deberes del scout son quizá más numerosos y delicados.

Muchas facetas tiene la definición total del scoutismo. En primer término, empezando por lo más tangible, es una orden mundial pero nacional. Su cuerpo tendido sobre todos los continentes es universal. Su alma es paisana, bebe las esencias más terrígenas y está cordialmente ceñida al destino de la patria. Su estructura, sus finalidades y sus autoridades son nacionales.

Por su origen es un movimiento que reconoce y estimula en el niño la capacidad de responsabilizarse y la aptitud y el gusto por las operaciones difíciles y continuadas siempre y cuando se invoque el sentimiento del honor y se comprometa el apasionamiento. Su ideador y creador es un inglés, Baden - Powell, a quien numerosas campañas en los ejércitos coloniales británicos convencieron de que en el mundo no abundaban hombres capaces de ordenar, temperamentos de conductores, listos y recios para emprender o consumir con destreza un encargo o una obra, desacostumbrados a obedecer con prisa y jubilo, hombres en fin que podían domi-

nar a otros pero que aún no habían aprendido a dominarse a sí mismos.

No se crea por esto que Baden - Powell, Jefe de los scouts del mundo y "el solo inglés del Reino que se presenta con pantalón corto ante la familia real", sea un exclusivista de la acción y un extraño al pensamiento. Personalmente es un escritor humorista de fino espíritu y un sicólogo profundo, sagaz observador y conocedor de las almas tempranas. El no niega la formación intelectual. Pero encuentra que a ella debe estar tejida una metódica y poderosa formación del carácter.

El scoutismo en consecuencia no tiene como meta la instrucción. Es una cruzada en pró de la educación y lo que se propone es formar trabajadores encarnizados, gentes honorables y viriles animadas de sentimientos fraternales respecto del prójimo. El scoutismo es pues una ambulante universidad de conducta.

Salvo precocidades excepcionales el hombre, para la sociedad, es un resultado cronológico. Se reputa digno de tal título a quien hace muchos años dejó atrás la adolescencia. El scoutismo es una reacción seductora contra esta concepción servilmente sometida al calendario y que podría adoptar como lema la frase de un gran artista italiano: "El niño nace a los nueve meses, pero el hombre a los treinta años". Esta escuela práctica considera, en cambio, que el hombre es el producto de un proceso formativo integral. En consecuencia hace cuanto puede por forzar al joven a dar el máximo de sí mismo. Le infunde hostilidad al egoísmo, voluntad disciplinada, sobria y decidida, técnica para mandar y obedecer, consagración social, habilidad para los hechos manuales, resistencia a la fatiga, sentido de responsabilidad, sinceridad, afán por saber, inventar y descubrir, lealtad, pureza, decencia, urbanidad, fraternidad.

Debe notificarse, muy claramente, que el scoutismo no es una creación de la filantropía como algunos presumen. El sello peculiar de la filantropía reside en su carácter laico a quien debe el no ser sino una caridad helada o un desapego mecánico de los bienes sobrantes. Ningún soplo capaz de avivar verdaderamente la vida moral emana de ella. Sobre base tan mortecina el scoutismo no habría podido erigir su hermoso plan de perfección interior, necesario para la disciplina externa y la vida comunal que observa. No solo habría naufragado a la larga sino que ni siquiera habría

madurado. Baden - Powell tuvo la exacta comprensión de estas dificultades y para sortearlas plantó su movimiento en el surco venerable de la religión.

El scout, para lograr su admisión, debe formular solamente una triple promesa. Según la redacción inglesa esta es la siguiente: "Por mi honor prometo esforzarme por cumplir mis deberes con Dios y el Rey, ayudar a mi prójimo en todas las circunstancias y observar la Ley Scout". Las organizaciones católicas de Bélgica y Francia, como también la nuestra, pronuncian una fórmula estrictamente confesional: "Por mi honor y con la gracia de Dios, prometo servir lo mejor que pueda a Dios, a la Iglesia y a la Patria, ayudar a mi prójimo en todas las circunstancias y cumplir el Código de Honor de los Scouts" (1).

Es pues indispensable ser creyente para ser scout. Baden - Powell, el gran teórico del movimiento, lo ha dicho sin reticencias: "Repudio todo scoutismo que no tiene en su base a la religión". En Inglaterra la fé ortodoxa no fué, naturalmente, la que se tomó como cimiento y esta circunstancia otorgó al scoutismo, en sus comienzos, un viso protestante que provocó la vigilante expectativa de la Iglesia. Pero pronto se comprendió que el scoutismo era también "una forma de agrupación propuesta a los jóvenes católicos" y el Papa se apresuró a bendecirla en marzo de 1922.

Esta versión hacia lo divino es natural en un movimiento que aspira a cosechar hombres completos y que es aula de carácter y ocasión de salud. Ya no se discute que en la edificación de un carácter la moral de sustancia religiosa es la viga más necesaria y más resistente. De otro lado nadie es tan ingenuo como para creer que la salud consiste en estar libre de enfermedades. La salud es la máxima plenitud de la persona. Requiere la normalidad y el poderío del cuerpo y la serena alegría del alma. Y por eso aquel hombre interiormente impuro, a quien su escepticismo le presenta el propio destino como una charada y a quien la idea de la

(1).—El texto de la promesa de los scouts peruanos es el siguiente: "Por mi honor y con la ayuda de Dios, me comprometo a hacer todo lo posible por: cumplir con mis deberes para con Dios y para con mi patria, obedeciendo siempre sus leyes y acatando los principios de la Iglesia Católica; ayudar a mi prójimo en toda ocasión, haciendo diariamente todo el bien que pueda; obedecer y cumplir el Código de Honor de los Scouts.

muerte oprime o turba, posee una salud indigente aunque externamente sea una "bestia lozana" criada en los campos de deporte.

La Ley scoutista comprende los diez acápités siguientes:

I.—El scout cifra su honra en merecer la confianza de todos.

II.—El scout es leal a su patria, a sus padres, a sus jefes y a sus subordinados.

III.—El scout tiene por misión servir a su prójimo y salvarlo.

IV.—El scout es amigo de todos y hermano de todo scout sin distinción de clases sociales.

V.—El scout es cortés y caballeroso.

VI.—El scout reconoce en la naturaleza la obra de Dios, y protege a los animales y a las plantas.

VII.—El scout obedece sin réplica y no hace nada a medias.

VIII.—El scout sonríe y canta en medio de sus dificultades.

IX.—El scout es económico y cuidadoso del bien ajeno.

X.—El scout es puro en sus pensamientos, palabras y obras.

Como se vé no se proponen ellos la procreación de sentimientos burocráticos en el alma juvenil. El texto en vez de enunciar un número de formalidades obligatorias, lejos de cualquiera mecanización y fiándose sobre todo en la libertad e iniciativa de cada muchacho, define y presenta al scout modelo, al miembro tipo de la institución, señalándolo como ejemplo y como meta. Llegar a ser así es lo que los nuevos socios prometen y de allí que éstos, como los antiguos, no estén nunca satisfechos de sí mismos porque sus deberes no se limitan al cumplimiento de preceptos susceptibles de ser agotados por el sobresaliente o el contraído. Cada scout, sobre la masa de las directivas insertadas en el Código de Honor, se fija en cierto modo sus obligaciones, las que puede renovar o ampliar si juzga insuficientes o fácilmente extinguidas las anteriores. Así este pequeño decálogo mantiene siempre abiertas las puertas que dan a la superación y al esfuerzo.

La primera prescripción prohíbe la mentira. El scout ha de ser veraz. No recuerdo en cual de sus libros Gregorio Marañón, al hablar del embuste, lo define como un vicio típicamente femenino, basándose en la siguiente explicación biológica. Aquel que no tiene fortaleza para exponer un hecho tal como es por miedo a sus

consecuencias recurre al engaño con el cual consigue desviar, momentáneamente aunque sea y a veces para siempre aquellas ingratas consecuencias. Por su naturaleza la mujer es, en el mundo de los seres racionales, una indefensa y por ello hay fundamentos vitales en su proclividad a la falsía, inexcusable en un labio varonil. Además pues del trato higiénico que se deriva de este empleo habitual de la verdad, el scoutismo, al fomentarlo, acentúa en el adolescente los rasgos masculinos.

La lealtad consiste en estar al lado de alguien cumpliendo un mandato honorable del alma. Para observarla hay que estar acostumbrado a desechar los consejos del lucro, de la conveniencia social, de la pedantería, del temor. La lealtad y el servilismo son el este y el oeste. El servilismo es el apego materialista sin capacidad de contradicción o de renuncia. La lealtad es la compañía basada en la conformidad moral y lista a separarse a la menor trasgresión de lo digno o lo pactado. Por ello más vale adversario leal que partidario felón. El culto a esta virtud, enemiga tajante de la traición, es uno de los más recomendables y de los que más embellecen las vidas. Pero para seguirla, hasta el sacrificio, es precisa una tradición que arranque desde los primeros años y aquí, de nuevo, reconocemos que el scoutismo, al estimularla, enseña al hombre, desde joven, a vivir en sociedad.

Servir y sacrificarse son palabras de orden del scoutismo. Su regla tercera especifica la obligación de ayudar al prójimo en toda circunstancia. Este auxilio no ha de ser la consecuencia de un pedido. El scout que es, según reza su lema, un hombre "siempre listo", tiene una espontaneidad veloz frente a la desgracia, el contratiempo y el peligro ajenos. Le está mandada lo que se llama la buena acción diaria. No ha de pasar el sol por el firmamento sin ver un servicio, aunque sea intrascendente o minúsculo, del scout a los demás. Esta acción meritoria no debe ser ni fruto de una orden, ni vía para una ganancia, ni debe tampoco estar relacionada con una conveniencia individual inmediata o postrera. Gratuita, natural, desinteresada, ella entrena, todos los días, la abnegación del boy scout. Así como los silentes cartujos al encontrarse se saludan con una frase que les recuerda la vanidad de la tierra, origen de su religiosa reclusión: "Morir habemus", así la buena acción cotidiana trae a la memoria del muchacho el sentido del sacrificio y del servicio al prójimo, principio inspirador del

scoutismo. En este sentido aquella sentencia lacónica con que un estadista contemporáneo definió una vez su ideario: "Estar contra la vida cómoda", pueden hacerla suya también los discípulos de Baden-Powell. En ellos disponer acogedoramente el oído para recibir el grito de la ajena necesidad no es gracia ni merced, sino deber y costumbres.

El scout es también amistoso, fraternal y llano. Rudyard Kipling, cuyos libros, muy apropiados para la juventud scoutista, han servido a esta institución para diseñar los títulos de algunas secciones, ha creado un personaje literario, Kim, que por sus excepcionales condiciones de vivacidad, inventiva pronta, fecundidad de recursos, osadía, benevolencia, prontitud para reaccionar, y don de observación ha sido conceptualizado, en la forma de operar aunque no en la intención y en la finalidad, como un scout de alto vuelo. Pues, precisamente, el sobrenombre que a sí mismo se daba Kim era el de "Amigo de todo el mundo". Pero hay que advertir que para tratar con los desconocidos, para anudar rápidos vínculos de afecto con los de otras brigadas, para avivar en general el instinto de hermandad tan careado en nuestra época, los scouts no usan ninguna clase de ritos aparentes. Cumpliendo realmente con las acciones que ella implica, no movilizan, por ejemplo, la famosa palabra camarada, asilada, como mero recurso fonético, en el habla generalmente separatista, resentida y furibunda de los izquierdistas extremos, los menos camaradas de los hombres. El concepto cristiano de que antes que la situación económica, la ubicación social, el grado de cultura y la procedencia territorial, está el hermoso título de hijo de Dios, ganado por el hombre con su primer grito, impone, desde niños, a los scouts el ademán cordial y el soplo de caridad que tanto refresca y magnifica la relación de los humanos. De este modo también, como ha expresado Baden-Powell, se lucha contra el snobismo porque el snob, en resumidas cuentas, no es sino el que desprecia a los que son más pobres que él o que más pobre envidia a los más ricos.

Terminantemente se exige al scout la cortesía. Aunque sea penoso decirlo es innegable que ella carece hoy de fieles, de veneración y de aureola. Nuestra edad tan pródiga en necesidades artificiales ha exilado la cortesía, perfume de señorío, lujo de los espíritus abundantes con el que resulta bruñida, elegante y noble la comunicación humana. En su libro sobre "El Significado de la

Educación", Nicolás Murray Butler intercala una **fina** reflexión sobre el valor de la cortesía, a la que considera la segunda señal de un hombre realmente educado. Los modales finos son la manifestación ostensible de una convicción intelectual y moral. "Se fundan sobre el verdadero y profundísimo respeto de sí mismo que se edifica sobre el respeto por los demás". Y agrega esta frase acertada: "Los modales no hacen al hombre, pero sí lo revelan". Todo esto es cierto. La cortesía, con la cual nada tienen que ver las mímicas artificiales y los estribillos automáticos inolvidables para los hipócritas y los cargantes, es pregón de sobriedad interior, de deferencia por el prójimo y a veces de humildad. Y en buena cuenta el heroísmo no es sino una cortesía trascendente y social. La base de la cortesía es el vencimiento y la contención. Es pues un medio de propia refrenación. De aquí su cualidad de elemento que en la vida corriente ayuda a sobrellevar con altura los pequeños enojos: el de saludar sobreponiéndose a la pereza de los brazos, el de permanecer amable aún en los momentos de cólera, el de ceder un derecho secundario a favor de una dama o un anciano a pesar de la concupiscencia innata, el de ganar sin jactancia, el de perder sin anonadarse, el de conceder interés a las noticias y expresiones de otros hombres desechando el ensimismamiento, el de encadenar las preguntas cuando la curiosidad vocifera en nosotros. Pero más que en estos terrenos la cortesía debe primar al alternar el hombre con la mujer por ser ella esencialmente graciosa, delicada y débil. Y por ello puede decirse también que la cortesía es un movimiento viril, una artesanía de dominación, cuando no degenera en el almibaramiento feminoide o el temor disimulado. Al inculcar la gentileza, compatible con la mayor entereza y bravura como lo demostraron los caballeros medievales, el scoutismo forma seres exentos de plebeyez y entendidos, desde temprano, en el arte de la compostura y el control.

Se recomienda también al scout la bondad para con los animales y las plantas, extendiendo así la cortesía al conjunto de los seres irracionales. Es esta una consigna cristiana. El hombre es un dependiente de Dios pero también un aliado. Obligación suya es cuidar la obra de la creación y colaborar en su incesante desarrollo. El scout no mata sino a los animales que le son necesarios para la alimentación o que son nocivos pues de este modo presta al plan divino un servicio mejor. Los animales son seres propicios

para que el niño ejercite su tendencia a la crueldad y por eso le está vedado martirizarlos. Al copar esta posibilidad el scoutismo fomenta la benevolencia y además, enseñando el respeto por el débil, crea, para más tarde, el sentimiento de justicia según el cual no proviene de la fuerza de una persona su derecho a ser escuchada, atendida o protegida.

También se le exige al scout obedecer sin recriminar. Es muy exacta aquella sentencia que asegura que sólo se es buen jefe cuando se es buen subordinado. No olvidemos que el scoutismo se propone forjar conductores y que es por lo tanto muy natural su esmero en aclimatar el hombre a la obediencia. Esta obediencia sin regañones ni retardos frente al que legitima y racionalmente manda es la disciplina, a la que nadie puede confundir con el sometimiento ciego, la abulia o la adulación dinámica. Han escrito los pedagogos bibliotecas enteras destinadas a encomiar la disciplina y miope sería discutir su gran valía en la educación y en la historia. El scoutismo la proporciona a sus asociados y así coopera a la eficiencia cívica, privada o social de sus afiliados.

El buen humor es otro mandamiento scoutista. En las dificultades el scout debe silbar y sonreír. La psicología moderna ha subrayado la enorme sugestión que sobre el alma ejercen estas expresiones de gozo o satisfacción. Nacidas por esfuerzo de la voluntad de un espíritu desazonado o triste, ellas acaban por transformarlo, con sus toques, en animoso y jovial. Nada más funesto y desagradable que el pesimista sistemático o el murmurador profesional. Lo deseable y lo útil es que el hombre sepa ser risueño en la adversidad, cosa que no es difícil a la persona religiosa para la cual un sufrimiento es una gran oración. El scoutismo ordena custodiar la sonrisa en la hora mala y bordear los abismos con el pecho lleno de cantares. No se trata de preconizar la inconsciencia o la falta de sensibilidad frente al peligro o el obstáculo. Se trata de encarecer una reacción serena y lúcida, que franqueando los gestos vulgares del azoramiento y el miedo, se fortifique con el impulso ingenioso de la alegría.

Ser económico y ser puro son los dos últimos preceptos de la ley. El ahorro es la casa que diariamente se construye para habitarla en el futuro y el sudor que no se evaporó. Aviva la idea de que la existencia es previsión y vuelve más simpático el trabajo viendo que algo objetivo queda de él al cabo de los años. En cuan-

to a la pureza un punto de vista más fisiológico que sobrenatural la instaló rematando las demás prescripciones. Esto no obsta para que las instituciones scoutistas católicas la hayan fundamentado con razones religiosas. De todos modos lo positivo es que el joven scout observa la castidad sin la cual la continencia no tiene razón de ser. Pero como nadie se afana en preparar sepulcros blanqueados, Baden - Powell ha definido claramente el punto al decir: "Un scout es puro de cuerpo y alma; es viril". La juventud que cumple ese aforismo es primeramente sana de cuerpo pues muy finamente ha dicho Chesterton que para una campaña antivenérea más vale exhibir el rostro puro de la Virgen María que las caras manchadas de los sensuales, y luego retiene en sí inmensas energías espirituales aprovechables para el arte o el estudio. No gasta su corazón en zoológicas exaltaciones, o frívolos afectos y libra a su intimidad del encanallecimiento, la zafiedad erótica y la sexualidad obsesiva, y preserva al joven de ser aquel mozo petulante y rastrero para quien toda mujer es una cortesana ostentosa o cuitada. Felizmente en estos años ha cambiado el criterio sobre estos asuntos y ya no se cree que lo viril es ser débil como una mujer ante el clamor del sexo, sino ser fuerte y enfrentársele varonilmente, que es lo que hacen los scouts.

Un juicio de conjunto sobre las ventajas del scoutismo tendría que reproducir la opinión de Georges Goyau: "C'est le grand mérite du scoutisme catholique, de transplanter parmi notre jeunesse le vieil idéal de la chevalerie". Los caballeros no eran teorizantes sino realizadores y el caso de don Quijote solo sirve para probar, precisamente, el ridículo que estaba reservado al caballero que supeditaba la actuación a la divagación. El servicio universal era el núcleo de sus tenaces idealismos. Vivían además para honrar a Dios con sus armas y sus hechos, y para demostrar en todo instante cortesía y veracidad, horror a la envidia y lealtad de roca. Jacques Sevin, en su magnífico tratado sobre el scoutismo inserta los consejos que al partir hacia la Corte de Saboya dió su madre al caballero sin miedo y sin tacha Pierre de Bayard. Pues bien ninguno de ellos está ausente del Código de Honor de los scouts. quienes son, para el propio Baden - Powell, los gentiles hombres de esta época. Y tan coincide la vieja caballería andante con el ideal de las modernas brigadas que una frustrada tentativa de resucitar aquella, intentada por el artista Ruskin en 1872, bajo la advocación de

San Jorge, contenía ocho normas, todas ellas colocadas también en la Constitución Scout. En la invocación que las precedía el soñador inglés ponía estas palabras que parecen hechas para el frontis de la Casa de los scouts: "Son solamente los ricos y los fuertes a quienes recibo por compañeros, aquellos que vienen no para ser servidos sino para servir. Ricos, pero no con la riqueza del mundo, fuertes pero no con la fuerza del mundo".

Y también son vagabundos y en cierta manera aventureros los scouts. Las lanzas de los caballeros tasajearon el paisaje de Europa. Los scouts también cruzan con frecuencia la naturaleza, aunque sin belicosos anhelos. El beso de sus aguas, la salmodia de sus vientos corredores, la crepitación sinfónica de sus ramares, las leñas llameantes balanceando su fulgor en el silencio quebradizo de la noche, la oración musical de las aves, los extraños cuerpos animales, los cordones de sol en el mediodía candente, los hilillos y encajes del agua, el mosaico coloreado de las flores, las llanuras sin seres verticales, los campesinos de habla distinta, las montañas hambrientas de fatiga humana, los ganados extáticos o jadeantes y sumidos en nubes de ruido y polvo, los desiertos y las nieves displicentes, golpean sus sentidos vivaces y ávidos. Los beneficios de este consorcio son innumerables y hay un párrafo de Joaquín Costa que resalta, con imperativa elocuencia, uno de los primeros. Lo dijo a unas madres españolas: "Y he aquí lo que el árbol os dice: "Dejad que los niños se acerquen a mí". Hasta aquí todo va bien, diréis, porque eso mismo decía el buen Jesús. Pero es el caso que el árbol añade una segunda parte que tal vez os escandalice, sin deber de escandalizaros: "Dejad que los niños se acerquen a mí y desgarren en mi tronco y en mis ramas sus pantalones". ¡Sí, señoras mías, los pantalones; eso dice el árbol, y con decir eso lo dice todo! Cierto que ganará el sastre, pero más que el sastre ganará el niño y ganaréis vosotras; todo lo que gastéis en pantalones lo ahorraréis en medicinas... Y, creedme, cuando el niño no ha convivido largo tiempo con la naturaleza, en el árbol, en la floresta, en la corriente, en el zarzal, en la roca; cuando no ha recorrido, en competencia con los pájaros, todos los árboles de los contornos, será toda su vida un incompleto: conservará ileso su pantalón, pero dentro de ese pantalón no habrá nunca un hombre; habrá dentro, si acaso, otro pantalón de carne".

La vida diaria y el conocimiento de nuestros amigos, así como el estudio de los grandes personajes nos enseñan que las más ricas sensibilidades son las que se amamantaron o nutrieron con la belleza campesina o marinera. Y es que ella provoca el brote del arte en el interior y fortifica la fé. Raramente son descreídos los labradores y los navegantes. Una razón pudiera ser muy bien la siguiente. El hombre de la ciudad no asiste al nacimiento de la mañana. Al despertarse la encuentra ante sí ya hecha. La noche, por la iluminación artificial, no se produce nunca de modo inevitable para él. Y haya lluvia o sequía, en invierno o en verano, los frutos de la tierra están al alcance de su mano, previa una moneda. Llega este hombre a perder la noción de una fuerza intencionada que crea diariamente la aurora y el ocaso. Sus ojos no están familiarizados y acaso no recuerdan la salida del alba, lenta y temblorosa como una obra de arcilla que obliga a pensar en la devota unción del alfarero. Del crepúsculo, disimulado por las bujías, le queda, al cabo del tiempo, la idea de un apagamiento mecánico. La mañana y el atardecer pierden en las ciudades su carácter apoloético. De allí la trascendencia religiosa y el valor purificante que se derivan de un estrecho contacto entre el hombre y la campiña, la cual nos produce tanto gozo porque es la mejor figura del infinito y nos permite, aunque tosca y pálidamente, algo así como un anticipo de la comunión con Dios.

El Perú es geográficamente suntuoso. Abundan en su territorio paisajes inexplorados o de hermosura indescubierta. Sus hombres viajan poco y si lo hacen es más bien hacia afuera. Entre las peregrinaciones hechas por los costeños peruanos en el mundo se cuenta muchas veces un internamiento en la sierra peruana. Urge pues que nuestra tierra deje de ser virgen para nuestros hombres. El scoutismo al divulgar el interior nacional afianza y extrema el interés por lo peruano y se trueca en un agente de unificación en ésta necesitada tierra, humana y físicamente discola. En un discurso reciente el ilustre ideólogo peruano doctor Manuel Vicente Villarán encarecía la conveniencia de proteger todo aquello que entre nosotros contribuye a reunirnos y estrecharnos con estas fervorosas reflexiones: "¿Qué es aún el Perú?. Debemos decirlo sin rubor. Es un mosaico de razas, de lenguas y culturas. Es un territorio geológicamente partido en retazos por las cordilleras, los desiertos y las selvas. Es un pueblo todavía en marcha hacia la unidad

y la cohesión. Dirijamos la mirada sinceramente al cuadro de la realidad, y recibiremos esta severa advertencia: todo lo que nos acerque y enlace es un aporte a la realización de nuestro destino como pueblo; todo lo que nos divida, aleje y enemiste, más de lo que nos separan la naturaleza y la historia, es una segura contribución a la anarquía, a la impotencia, al suicidio de la nacionalidad". El scoutismo, felizmente, es un elemento de solidaridad humana y de conjunción con el terruño.

En el Perú el scoutismo puede ser también el contrapeso de algunos de los vicios más típicos y enclavados de su gente. La lección que él brinda no es pasiva como la que los libros destilan, ni repercute tan sólo sobre el intelecto como sucede con la instrucción sea ésta escolar o universitaria. Y en segundo lugar porque busca la labranza del humor iniciándola cuando el hombre atraviesa una edad de cera para los hábitos. Y a quienes a pesar de esto dijésen que cifrar virtudes pedagógicas en el scoutismo es esperanza ilusa porque nuestro trastorno tiene más cabezas que la hidra, o superstición ciega porque por allí discurren decenas de hombres tachables que una vez fueron scouts, debe replicárseles diciendo que la peor filosofía es la de los brazos cruzados, que la estrella de los males victoriosos también declina y que lo humano es falible y que las minoritarias negaciones de un hecho no comprometen su utilidad o su grandeza.

Esto no quiere decir que se otorgue el título de amuleto fulminante y de panacea global al scoutismo, menos cuando en él se prescinde, como ha sucedido, de su soporte religioso para tomar únicamente su decoración y sus placeres. Es obvio decir que un scoutismo laico, en el cual el scout no "se siente orgulloso de su fé de católico y le somete su vida entera", scoutismo que sólo compromete los pies y los días feriados- con el que no reza lo escrito en este ensayo- no puede infundir a los jóvenes sino rasgos pasajeros y balbuceantes.

Del otro es del que aguardamos algo para la mejora de las nuevas juventudes. Adolecemos, primeramente, de un individualismo regio. No hacemos servicios sino favores. El favor es una suma de amabilidad que se presta para recuperarla con intereses en ocasión futura y carece del carácter doctrinario y desinteresado del servicio. No estamos tampoco habituados a vivir en compañía y así fracasan instituciones y empresas de fines buenos confiados a hom-

bres buenos también. La lata, el farol, la palanganada, la pasada, tan corriente en política y en negocios, y cien otras encarnaciones de la mentira son familiares a nuestros paisanos. La versatilidad y el capricho lo diezman todo. Muy raramente alguno de nuestra población puede ufanarse de tener bajo el yugo de su voluntad decisiones añosas. Entre nosotros los propósitos padecen de mortalidad infantil, por falta de disciplina o mejor dicho de carácter. El principio de autoridad es un enemigo público y la mayoría se siente disminuída en su dignidad cumpliendo ordenanzas legítimas.

Todos estos defectos y otros muchos combatidos por el scoutismo no van a desaparecer con su difusión. Pueden sí morigerarse o volverse más difíciles y en casos individuales es posible conseguir que varios de ellos, que de otro modo hubieran estallado, se pasmen o encojan. Pero lo que es ya más seguro es que él sirva para formar generaciones menos lánguidas, fogueadas por una cálida virilidad civil e internadas en la vida con un obsesionante amor por el Perú, hecho de desengaño y deslumbramiento, al aspirar con los ojos, en directas excursiones y residencias, las miserias y beldades de su suelo.

Carlos PAREJA PAZ SOLDAN.
